

Camino Socialista

La prensa de los comunistas en Guatemala

Guatemala mayo 2017 Época I Número 24 año 4



EDITORIAL

LA LUCHA DE CLASES EN VENEZUELA

Nuestro apoyo decidido a la Revolución Bolivariana



La escalada en el enfrentamiento que sacude a la República Bolivariana de Venezuela requiere claridad y decisión política para apoyarla.

En Venezuela existen dos fuerzas políticas enfrentadas.

La primera fuerza política está integrada por fuerzas revolucionarias que han logrado -no sin dificultades y errores- mantenerse en el control el Estado, encabezados por Hugo Chávez Frías y Nicolás Maduro. Son fuerzas que han logrado avanzar en transformaciones importantes de beneficio para el pueblo venezolano, aunque insuficientes para trascender hacia un nuevo régimen económico, social y político. Son fuerzas cuya extracción social y proyecto político recupera anhelos, propuestas e intereses procedentes del pueblo trabajador, que hasta la llegada del bolivarianismo al poder, había estado excluido en todo sentido. A esta fuerza pertenece el Partido Comunista de Venezuela, el cual ha estado manteniendo una actitud crítica al mismo tiempo que haciendo propuestas revolucionarias y desarrollando acciones comprometidas con este proceso revolucionario.

La segunda fuerza política está dirigida por la burguesía venezolana y las organizaciones políticas de derecha y reaccionarias desplazadas del poder en 1999. Esta fuerza ha mantenido una estrategia de desgaste y guerra social, económica, ideológica, política y militar, acuerpada por las oligarquías y derechas latinoamericanas, y dirigida por el imperio estadounidense, sus instrumentos regionales como la Organización de Estados Americanos (OEA) y sus operadores lacayos como Luis Almagro secretario general de la misma. Esta fuerza política está tratando que la confrontación se agudice, para lo cual desarrolla una estrategia contrarrevolucionaria en la cual arrastra a una minoría en tácticas violentas al mismo tiempo que realiza una campaña entreguista en el campo internacional.

El plan del imperio yanqui, orientado a desestabilizar la Revolución Bolivariana, hace uso de *guarimbas* terroristas responsables de la violencia fascista que incluye asesinatos, quema de edificios y transportes públicos, la destrucción y saqueo de pequeños comercios, la destrucción de monumentos, atentados en hospitales infantiles, maternidades y centros educativos, etc. Además, en el poder legislativo, controlado por estas fuerzas de derecha fascista, están tratando de imponer un curso que atenta contra la constitución política, para desgastar al gobierno legítimo de Nicolás Maduro y su estrategia de avanzar hacia una nueva Asamblea Nacional Constituyente. Este plan pretende instaurar un ambiente de guerra civil, que justifique una intervención militar del imperialismo estadounidense.

Es claro que la salida a la crisis no será solo política, porque el imperio de EEUU y la burguesía venezolana pretenden escalar hasta el enfrentamiento militar. Su objetivo es derrocar





y aniquilar al gobierno y al proceso revolucionario venezolano. Su propósito es recuperar el control del Estado y, por consiguiente, de las enormes riquezas que posee Venezuela. Por eso es acertada la estrategia política de movilización social y apertura de un nuevo proceso constituyente para que por la vía del poder popular originario se logre contener la ofensiva fascista e imperialista.

Venezuela nos recuerda a la Guatemala de 1954. Burguesía y jerarquía de la iglesia católica, dirigidos, asesorados, financiados por el imperio yanqui, están en campaña para truncar este proceso democrático y revolucionario. Sin duda, los revolucionarios y el pueblo bolivariano –que a diferencia de Guatemala incluyen a unas fuerzas armadas revolucionarias– serán capaces de derrotar esta intentona fascista. En esta lucha, los revolucionarios guatemaltecos y los comunistas en particular, no podemos sino aumentar nuestras acciones solidarias, con todos las capacidades y recursos a nuestro alcance, puesto que en Venezuela está en juego la continuidad de la coyuntura democrática, progresista y revolucionaria en Latinoamérica, frente a los intentos de restauración fascista con todos sus consecuencias: persecución política, asesinatos, desapariciones forzadas, masacres, etc.



Ante la lucha de clases que hoy se vive en Venezuela, los comunistas guatemaltecos tenemos claro que nuestro deber debe ser apoyar la Revolución Bolivariana ante la agresión burguesa e imperialista.

Por Guatemala, la Revolución y el Socialismo
Partido Guatemalteco del Trabajo

Nacionales

Las iglesias evangélicas: control social

Pedro Patzún

Desde hace ya algunos años Guatemala, igual que todos los países latinoamericanos, está bombardeada por innumerables grupos religiosos evangélicos, también llamados "cristianos". Eso es un mecanismo sociopolítico más que religioso.



En la década de los 60 del siglo pasado comenzó este proceso, y con Ronald Reagan y el ala ultra conservadora de los republicanos en la presidencia de Estados Unidos, en los 80, se agiganta, convirtiéndose en una estrategia política definida. De hecho aparece mencionado como un procedimiento a implementar en los Documentos de Santa Fe I y II, base ideológica de este proyecto de derecha del poder estadounidense. Surge como contrapropuesta ante el avance de la Teología de la Liberación de la Iglesia Católica y su compromiso social a través de la opción por los pobres.

Las iglesias evangélicas tradicionales (adventista, bautista, presbiteriana, etc.) tienen ya una larga historia en el país de, al menos, un siglo. En más de una ocasión han desarrollado actitudes pastorales de mayor compromiso social que la Iglesia Católica. Esto, seguramente, atendiendo a sus orígenes históricos, proviniendo de sociedades más liberales, muchas veces enfrentadas a la curia romana. Su incidencia cuantitativa en la población, de todos modos, ha sido relativamente modesta, sin haberse propuesto nunca una "cruzada" para captar feligresía.

La proliferación exagerada de grupos evangélicos que

ha tenido lugar en estos últimos años llama la atención por varios motivos. Ante todo –asumiendo una actitud de respeto hacia cualquier expresión religiosa, no importa cuál sea– lo más importante a remarcar es que este movimiento, justamente, no constituye una expresión religiosa. Toda esta corriente surgió –fríamente pensada como estrategia de manejo y control social– para cumplir con un cometido no espiritual. Es una forma de desconectar, neutralizar las preocupaciones terrenales más concretas, y eventualmente las respuestas que se le puedan dar. Poniendo el énfasis en una cuestionable espiritualidad casi enardecida y apelando a una moralina simplificante, estas iniciativas se mueven hábilmente llenando vacíos en los sectores más humildes y desprotegidos de las sociedades más pobres.





Es claro que actúan según un mapeo de potenciales zonas conflictivas: aparecen y se desarrollan en los países y en las regiones más pobres, donde menor presencia estatal se verifica, y donde es más altamente probable que pueden darse reacciones a esas situaciones estructurales de injusticia y postergación. Actúan, en ese sentido, como claras y sopesadas estrategias contrainsurgentes. Paños de agua fría, mecanismos de contención, colchones suavizadores, podría llamárseles.

En una sociedad como la guatemalteca, con 60% población en situación de pobreza, debatiéndose entre tanta miseria y falta de salida para sus grandes mayorías, a los sectores que se benefician de esa situación y pretenden perpetuarse sin que se dé ningún cambio estructural, estas iglesias fundamentalistas le vienen como anillo al dedo. Así como también le son totalmente funcionales a los planes geoestratégicos de la potencia del Norte que nos toma como su virtual "patio trasero". Para la política hemisférica de Washington todo lo que sea contestatario, foco de rebeldía, una voz que se levanta en contra de algo, es potencialmente peligroso, pues podría poner en tela de juicio el *statu quo*. Por ello esos movimientos presuntamente religiosos o espirituales terminan yendo más allá de eso para pasar a ser movimientos políticos. Incluso, movimientos políticos con sustento y respuestas económicas. Y lo más trágico del asunto: sin que quienes los engrosan lo sepan ni lo sientan como tal.

En otros términos, son instrumentos para sectores de poder que no desean el más mínimo cambio. Hay iglesias históricas a las que les preocupa las causas de la pobreza (por ejemplo: muchas denominaciones evangélicas tradicionales), pero justamente esas iglesias no crecen. La pobreza, por cierto, no es un designio divino; por el contrario, tiene causas muy concretas: son las injusticias del capitalismo, la explotación lisa y llanamente, amparada muchas veces en el racismo que atraviesa a la sociedad guatemalteca de cabo a rabo. Pero a la población no se le permite ver todo esto, y más bien se la induce sólo a resolver sus problemas personales puntuales en su espacio inmediato, nunca con perspectiva de futuro ni con un criterio de comunidad, de colectividad. Se busca así que la "salvación" sea individual sin importar a costa de qué. En tal sentido, el mensaje de estos grupos neopentecostales pasa a ser una respuesta política, social y económica antes que un genuino planteamiento religioso-espiritual.

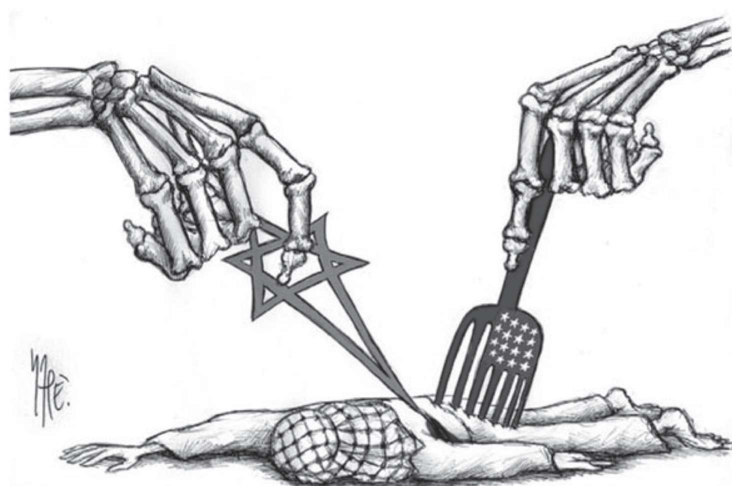
Como comunistas, con el tacto del caso, debemos intentar ir denunciando todo este diabólico plan, para quitarle la venda de los ojos a tantas compañeras y compañeros que han sido adormecidos por este narcótico.



Internacionales

Estados Unidos y la Tercera Guerra Mundial

Manuel Gómez



El capitalismo necesita de la guerra. Aunque parezca irracional, la guerra, la destrucción, la muerte, son parte indispensables del sistema capitalista.

En estas sociedades, el bien común no cuenta. Como todo está basado en la ganancia individual (o empresarial), la solidaridad y la preocupación por el otro semejante, el otro ser humano de carne y hueso, no existe. Cuando la economía da señales de agotamiento, de paralización ante una crisis, la guerra es siempre un fácil expediente para poner en marcha el mecanismo trabado: destruir para volver a comenzar. Es monstruoso, antihumano… ¡pero eso es el capitalismo!

La economía de la principal potencia capitalista mundial, Estados Unidos de América, se basa cada vez más en la guerra. Su complejo militar-industrial, que viene dominando las decisiones políticas del país desde después de la Segunda Guerra Mundial, es realmente el poder tras el trono. Cuando el presidente John Kennedy, en la década de los 60 del siglo pasado, quiso oponérsele no apoyando la guerra de Vietnam, murió de un balazo en la cabeza. Es evidente quién manda. Esta industria bélica mueve el 25% de su economía; es decir: 1 de cada 4 trabajadores estadounidenses, directa o indirectamente, está vinculado a este entramado de poder.

Estados Unidos es el primer productor mundial de armas, y en la venta de estos productos se lleva casi el 50% de las ganancias que esa industria genera a nivel global. Por todo ello, la guerra es un jugoso negocio para este complejo. Hay que vender armamentos, usarlos y tener que volver a comprar otros más modernos: es el ciclo que imponen las megaempresas de la muerte y el dolor, con facturaciones alocadamente multimillonarias.

Estas compañías utilizan los más avanzados ingenios tecnológicos para la fabricación de sus productos, entregando mercancías hipersofisticadas (desde una simple pistola hasta misiles balísticos intercontinentales con carga nuclear, pasando por aviones, submarinos, tanques, portaviones, cañones, minas, armas químicas y un largo etcétera). ¡Qué no se podría hacer con todo ese potencial humano si se dedicara a tareas más nobles y solidarias! Pero el sistema capitalista tiene límites: necesita la muerte y la destrucción para seguir alimentándose.

Para mencionar algunos de esos fabricantes del complejo militar-industrial de Estados Unidos, nombremos a: Lockheed Martin, Boeing, BAE Systems, Northrop Grumman, Raytheon, General Dynamics, Honeywell, Halliburton, General Motors, IBM. A todos estos capitales la guerra les da vida ¡y dinero! Estas empresas tuvieron ventas en 2016 por casi un billón de dólares, teniendo además incrementos desde 2010 de 60% (para ellas no cuenta la crisis económica).

Ahora se habla de una posible Tercera Guerra Mundial. Es muy improbable que quienes dirigen el mundo (estas megaempresas, junto a petroleras y grandes corporaciones financieras) sean tan locos de buscar su autoeliminación en una guerra nuclear contra Rusia y China. Pero jugar con fuego nunca es recomendable. No se sabe con exactitud hasta dónde ese juego puede llegar.

Aparentemente, el nuevo presidente Donald Trump



había hablado en su campaña de distender las relaciones con Rusia y no involucrarse en la guerra de Siria. Pero recientemente se produjo un bombardeo en el país medioriental que tira por tierras esas promesas. ¿Por qué? Todo indicaría que ese complejo militar-industrial (que le da órdenes al oído, al él como a cualquier ocupante de la Casa Blanca) es el que marca el ritmo. Y esas megaempresas tienen que seguir vendiendo armamentos. Entre otras cosas: sofisticados ingenios atómicos.

Es de esperarse que la acumulación de estas armas nucleares no lleve nunca a su utilización. En la Unión Soviética, esa carrera armamentista la condujo a la ruina; en Estados Unidos, da ganancias fabulosas a estos fabricantes y mueve su economía. El problema es que no se sabe nunca si alguna vez se oprime el botón prohibido. Y si eso sucede –jugar con fuego– la historia que sigue puede ser el fin de la Humanidad.

Desde un planteo socialista y revolucionario repudiamos enérgicamente esa acumulación de armas de destrucción masiva así como el inescrupuloso negocio de la guerra. Como dijo el sub-comandante zapatista Marcos: “*Tomamos las armas para luchar por un mundo donde ya no sean necesarios los ejércitos*”.

LA LUCHA DE VENEZUELA ES NUESTRA LUCHA

Gumaro Londoño

Todos hemos escuchado algo sobre Venezuela. Un país caribeño que está a casi 3,000 kilómetros de Guatemala, situado en la América del Sur, el cual posee una de los yacimientos más grandes de petróleo del mundo, además de muchas otras riquezas. Razón suficiente para ser codiciado por el Imperio yanqui quien la quiere controlar para tener asegurada una de las fuentes energéticas más importantes del mundo, la cual le daría supremacía geoestratégica sobre el mundo para seguir dominándolo.



Históricamente, Venezuela ha protagonizado las luchas por la liberación de los pueblos de nuestra América, siendo la cuna del Libertador Simón Bolívar y muchos patriotas más que dieron su vida tras ese ideal, sin dejar de producir ciudadanos universales al continente que han conmocionado cada tanto nuestro hemisferio acercando con sus aportes, la añorada patria socialista. Uno de estos últimos fue el Comandante Hugo Chávez Frías, quien, a pesar de su trágica y abrupta desaparición física, nos legó en tan breve tiempo una herencia de combate y dignidad.

Hoy el Imperio junto a la oligarquía de ese país tratan denodadamente por derrocar el legado de Chávez, su memoria, a su heredero Nicolás Maduro y su gobierno revolucionario. Pretenden recobrar el poder y hacer retroceder a Venezuela al puesto de colonia que ostentó por siglos, con sus cuadros característicos de desnutrición, analfabetismo y dependencia absoluta de EEUU. Si logra su propósito serían desmantelados los beneficios con los que los gobiernos revolucionarios de Chávez y Maduro aislaron dichas lacras, al canalizar las ganancias de la renta petrolera a favor de los más desposeídos, las cuales, obvia-



mente, sería apropiadas de nuevo por la burguesía venezolana.

En ese marco de lucha, el gobierno revolucionario hoy, resiste, desde una cruenta y constante guerra económica y comunicacional, hasta la más reciente arremetida paramilitar por parte del imperialismo norteamericano y la oligarquía llanera, disfrazándola de protesta popular con el pretexto de la carestía que ellos mismos han provocado. Así, utilizando gente de las clases bajas, pero totalmente despolitizada y vinculada al crimen organizado y común, a quien instigan a través de exiguos pagos en comida, licor, droga, ropa y dinero, la hacen enfrentarse a los cuerpos de seguridad revolucionarios.



El imperio y la burguesía venezolana desean provocar en principio, una gran cantidad de muertos. Muertos que no importan más que como trofeos mediáticos; al fin y al cabo, son pobres, por tanto, invisibles. En segundo lugar, con lo anterior, crear un clima de zozobra y caos, de tal manera que, apuntalados con sus medios de propaganda, se promueva una intervención política que aísle a Venezuela en el plano internacional, la cual tenga como corolario una intervención armada que restablezca el "orden"; con esto se pretende lograr que se desarme al ejército revolucionario y a las milicias populares y, desmontar las instituciones que la revolución ha creado y que hoy favorecen al pueblo. A esta estrategia han unido la de la diplomacia, con agentes contrarrevolucionarios que han organizado el asedio, con huestes fascistas y neonazis, las embajadas venezolanas y a algunos funcionarios del gobierno chavista en el extranjero. Asimismo, han armado foros donde satanizan a la Revolución maximizando sus errores, además propiciado encuentros entre diputados y sus homólogos extranjeros, especialmente en centros de poder como EEUU y Europa para lograr de sus órganos de poder, una condena y un corte de relaciones que afecten la economía y el comercio de la nación bolivariana.

Con todo lo anterior, lo que anhelan estas fuerzas fascistas e injerencistas es obligar al pueblo venezolano a optar, por cansancio, por un nuevo un gobierno formado por representación yanqui y de la oligarquía, relegando así a los revolucionarios. Para ponerle la tapa al pomo, proscribirían el partido chavista, el PSUV y, consiguientemente, iniciar la cacería de brujas contra cualquiera que se identifique con el chavismo. Si esto pasa, muchos revolucionarios y luchadores sociales serían eliminados físicamente y otros obligados al exilio o a la clandestinidad. ¿Acaso no pasó en nuestro país así cuando llegó la contrarrevolución en 1954? La historia nos hace un llamado a aprender de ella.

Cuántas veces, nosotros mismos no hemos sido protagonistas y/o testigos de persecución y exterminio por tratar de construir una patria para todos. Una patria guiada por un gobierno revolucionario como el de Venezuela, que ha estructurado e instituido oportunidades para todos sus ciudadanos por igual. Sin embargo, cuando nuestro pueblo lo había logrado a través de los gobiernos democráticos de Juan José Arévalo y Jacobo Árbenz Guzmán, el imperialismo y la oligarquía nos arrebataron ese sueño sumiéndonos desde ese momento, 63 años hace ya, en una noche sangrienta y oscura.

En buena medida, los peligros de que el chavismo sea derrotado en Venezuela, es que suceda lo que sucedió en Guatemala a partir de 1954. De tal manera que, aparte de nuestras luchas locales y nacionales ahora



debemos asumir con determinación y firmeza la de los hermanos venezolanos. Solidarizarnos con ellos en su batalla contra el Imperio y su apátrida burguesía, denunciando la sucia guerra comunicacional de los medios de propaganda imperialista, la de los grandes empresarios que hacen escasear los productos de primera necesidad con el fin de crear malestar del pueblo contra el gobierno y, desenmascarar la falsedad de las manifestaciones mal llamadas populares, pues éstas están organizadas y conducidas por burgueses que dirigen a gente lumpen (pandilleros, drogadictos y delincuentes) quienes son los que atacan, destrozan a mansalva, cometen delitos de lesa humanidad y quienes, al final, los únicos que corren los riesgos. Empero, en los últimos días, se han sumado paramilitares colombianos, en su mayoría, y algunos venezolanos, quienes han sido reclutados y financiados por ganaderos y latifundistas que allá como acá, recurren a similares prácticas criminales.

Como comunistas, debemos elevar nuestra voz de denuncia y protesta ante la comunidad internacional por la injerencia de EEUU primero y de otros países como el guatemalteco quien, a través del gobierno, ha irrespetado los asuntos internos de Venezuela al sumarse a la condena que en la OEA ha tratado de concretar su Secretario General, Luis Almagro, quien ha pasado descaradamente a ser un lacayo más del Imperio yanqui. Bien pagado, pero al fin de cuentas, lacayo.

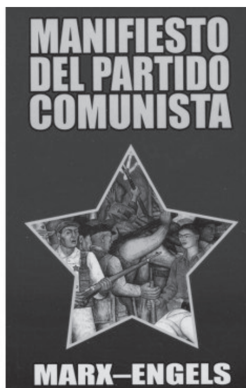
Atendamos y estemos alerta a lo que pasa en Venezuela pues, del futuro de su lucha depende el avance del socialismo en América. El triunfo de la revolución bolivariana será nuestro también. Un triunfo de los pueblos contra el imperialismo y las oligarquías todas. En todos los ámbitos, alcemos nuestra voz a favor de la Revolución Bolivariana y no nos dejemos engañar por los medios de propaganda imperialistas como la CNN y sus tentáculos que en nuestro país son representados por las radios comerciales, la prensa y la televisión.

Reflexionemos en nuestras comunidades y organizaciones acerca de las penas y el asedio que están pasando en este momento nuestros hermanos revolucionarios y chavistas en Venezuela. Similar al que nosotros sufrimos en nuestros campos y ciudades. Formemos un bloque de resistencia contra el Imperialismo, los terratenientes y los burgueses, porque solo los pueblos salvan a los pueblos. Nadie más.

Somos comunistas, somos internacionalistas y la lucha de los pueblos en cualquier parte del mundo por su liberación, es nuestra lucha también. Estemos atentos al llamado de la patria bolivariana por si es necesario defenderla contra el invasor.

¡Viva la Revolución Bolivariana!

¡Viva la República Bolivariana de Venezuela!



SIN TEORÍA REVOLUCIONARIAA

NO HAY PRÁCTICA REVOLUCIOANRIA

150 Años del Manifiesto del Partido Comunista



La identidad

Elena Poniatowska (Francia-México, 1932)



Yo venía cansado. Mis botas estaban cubiertas de lodo y las arrastraba como si fueran féretros. La mochila se me encajaba en la espalda, pesada. Había caminado mucho, tanto que lo hacía como un animal que se defiende. Pasó un campesino en su carreta y se detuvo. Me dijo que subiera. Con trabajo me senté a su lado. Calaba frío. Tenía la boca seca, agrietada en la comisura de los labios; la saliva se me había hecho pastosa. Las ruedas se hundían en la tierra dando vuelta lentamente. Pensé que debía hacer el esfuerzo de girar como las ruedas y empecé a balbucear unas cuantas palabras. Pocas. Él contestaba por no dejar y seguimos con una gran paciencia, con la misma paciencia de la mula que nos jalaba por los derrumbaderos, con la paciencia del mismo camino, seco y vencido, polvoroso y viejo, hilvanando palabras cerradas como semillas, mientras el aire se enrarecía porque íbamos de subida –casi siempre se va de subida-, hablamos, no sé, del hambre, de la sed, de la montaña, del tiempo, sin mirarnos siquiera. Y de pronto, en medio de la tosquedad de nuestras ropas sucias, malolientes, el uno junto al otro, algo nos atravesó blanco y dulce, una tregua transparente. Y nos comunicamos cosas inesperadas, cosas sencillas, como cuando aparece a lo largo de una jornada gris un espacio tierno y verde, como cuando se llega a un claro en el bosque. Yo era forastero y sólo pronuncié unas cuantas palabras que saqué de mi mochila, pero eran como las suyas y nada más las cambiamos unas por otras. Él se entusiasmó, me miraba a los ojos, y bruscamente los árboles rompieron el silencio. "Sabe, pronto saldrá el agua de las hendiduras". "No es malo vivir en la altura. Lo malo es bajar al pueblo a echarse un trago porque luego allá andan las viejas calientes. Después es más difícil volver a remontarse, no más acordándose de ellas"… Dijimos que se iba a quitar el frío, que allá lejos estaban los nubarrones empujándolo y que la cosecha podía ser buena. Caían nuestras palabras como gruesos terrones, como varas resecas, pero nos entendíamos. Llegamos al pueblo donde estaba el único mesón. Cuando bajé de la carreta empezó a buscarse en todos los bolsillos, a vaciarlos, a voltearlos al revés, inquieto, ansioso, reteniéndome con los ojos: "¿Qué le regalaré? ¿Qué le regalo? Le quiero hacer un regalo…" Buscaba a su alrededor, esperanzado, mirando el cielo, mirando el campo. Hurgoneó de nuevo en su vestido de miseria, en su pantalón tieso, jaspeado de mugre, en su saco usado, amoldado ya a su cuerpo, para encontrar el regalo. Miró hacia arriba, con una mirada circular que quería abarcar el universo entero. El mundo permanecía remoto, lejano, indiferente. Y de pronto todas las arrugas de su rostro ennegrecido, todos esos surcos escarbados de sol a sol, me sonrieron. Todos los gallos del mundo habían pisoteado su cara, llenándola de patas. Extrajo avergonzado un papelito de no sé dónde, se sentó nuevamente en la carreta y apoyando su gruesa mano sobre las rodillas tartamudeó: Ya sé, le voy a regalar mi nombre.